

Hambre voraz

Hambre voraz

Bruno Darío

gato mojado

Primera edición, octubre de 2023

Hambre voraz

© Bruno Darío, 2023

Todos los derechos de esta edición reservados para:

Gato Mojado

www.gatomojado.com

Corrección: Nacho Esteban Fdez. y Javier Sánchez Meco

Maquetación: Javier Sánchez Meco

Diseño de cubierta e ilustraciones: Enrique Schiaffino

Fotografía del autor: Bruno Darío

ISBN: 978-84-126253-4-9

Depósito legal: M-30301-2023

Impresión y encuadernación:

Gráficas Ulzama, S.L.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación parcial o total de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

*A mis padres, por darme un refugio en el que escribir,
a Pepe, que me ha desbloqueado un millón de veces,
y a Javi, por hacer todo posible.*

«Estoy aquí, pero no te pertenezco».
SARAH WINMAN, *Cuando Dios era un conejo*

PRÓLOGO



Lo primero que percibe es el olor, un olor que lo impregna todo, penetrante, acre, metálico, que le repta tras los ojos y casi le hace llorar, un olor con ciertas notas dulces, pero de un dulzor empalagoso, más intenso que el de la fruta podrida, vomitivo. Es esa la peste que lo despierta, que le inunda las fosas nasales y le provoca arcadas antes de abrir del todo los párpados. Pero, tras ella, también hay un rastro de producto químico, similar a como olía la piscina de la mansión.

No sabe dónde está ni puede imaginárselo, porque lo rodea la más absoluta oscuridad, pero sabe que no se lo han podido llevar muy lejos: ese

hedor no es nuevo para él. Es entonces cuando se percata de que no puede moverse. Está atado de pies y manos, tumbado en posición fetal en una superficie no demasiado dura. Se agita, se revuelve, tira con todas sus fuerzas, pero no logra zafarse de las cuerdas o de lo que sea que lo tiene retenido.

Al recostar de nuevo la cabeza se da cuenta de que no está en una habitación oscura, sumido en la negrura, como había supuesto en un principio, sino que tiene los ojos vendados. Entrevé haces finísimos de luz por encima y por debajo de la venda, que lleva bien sujeta a la cabeza, tanto que le presiona el puente de la nariz. Alza las cejas todo lo que puede para tratar de desplazarla, aunque sea un milímetro, pero la siente pegada a la piel. Debe de ser algún tipo de cinta adhesiva, piensa. Como la que le cubre la boca.

Profiere gritos que no llegan a escapar de sus labios durante horas, o eso cree, y solo desiste cuando siente la garganta al rojo vivo. Teme estar volviéndose loco.

Esto es mi culpa, es mi culpa, es mi culpa, se repite, abrazándose las rodillas con fuerza —no

por elección propia, sino porque tiene las manos atadas a los tobillos— mientras tiembla, quién sabe si por frío o por un horror mucho más agudo que el de las pesadillas que han atormentado sus noches desde hace tanto. Se pellizca la piel de las piernas desnudas, la única parte de su cuerpo que puede tocar; tira de los vellos, se araña, todo para sentir algo físico, algo más que angustia y terror.

Tendría que haberlo sabido, se castiga. ¿Lo tendrán también a él? No, no. No, por favor. No debería haber dejado que viniera. ¿Estará cerca? Tengo que...

Pero deja el pensamiento a medias cuando comienza a oír el sonido.

Alza la cara todo lo que puede, que no es mucho. Aguza el oído.

Un zumbido, una vibración como de una motosierra pero más suave. O quizá tan solo más amortiguado por los latidos que le martillean los tímpanos. El ruido aumenta, como unos dientes afilados que entrechocan más y más rápido cada vez, hambrientos, listos para engullirlo todo.

Cree que se trata del mismo sonido que tanto lo descolocó el día que llegó allí. Entonces pre-

guntó por él, confundido, pero le aseguraron que era normal, que formaba parte del proceso. Y acabó acostumbrándose; a fin de cuentas, era inofensivo. Un poco molesto, nada más.

Ahora cree entenderlo, ahora ese sonido cobra un nuevo significado.

No le queda mucho tiempo.

En ese instante, la superficie blanda sobre la que está tumbado sacude su cuerpo y comienza a avanzar hacia la ávida mandíbula.

LUNES

Una semana y un día antes



1

Raúl no quiere tener que mentir a su novio.

Es tarde. Al sol, exhausto, le cuesta ya colarse entre las lamas de la persiana y el despacho del cabrón del señor Molist empieza a adoptar un aspecto aún más lúgubre, amenazante.

Sabe que al otro lado de las ventanas aún hace un calor abrasador, pero allí dentro corre la brisa privilegiada del aire acondicionado.

¿Qué le voy a decir a Ángel?, piensa Raúl angustiado mientras recoge los delicados platillos y las tazas de té carísimas —un set blanco y cerúleo con detalles en dorado— de la enorme mesa de caoba que preside la sala.

La reunión se ha alargado más de lo previsto y, antes de que comenzara, el señor Molist le pidió que se quedase por allí, entre las sombras, para no incordiar, pero presente, dispuesto, por si alguno de los invitados necesitaba algo.

Mientras apila los platillos para llevárselos a Ana a la cocina, oye de pasada los últimos retazos de la conversación amortiguada que el señor Molist mantiene en el pasillo con los ministros y demás personalidades, cuya identidad Raúl prefiere no conocer.

Carcajadas y palmadas en el hombro, alborozo, palabras de celebración; en la reunión han ultimado los detalles de la nueva ley contra el aborto y todo parece ir viento en popa. Un paso más que desanda el camino que lideró el partido anterior.

La puerta cruje, chirría y se cierra de golpe; una ráfaga de aire gélido le acaricia la nuca. Sin embargo, los vellos erizados de los antebrazos de Raúl se deben en realidad a la vuelta de aquella presencia a la habitación.

Menudas pintas de bujarra tiene el chófer de Paquito. Tengo que comentárselo la próxima

vez, refunfuña el señor Molist mientras observa desde la ventana cómo se marchan los invitados. Pues nada, ha ido de puta madre, ¿no te parece?, le pregunta a Raúl conforme se vuelve hacia él.

Sí, señor, le responde, con los ojos en blanco, aprovechando que está de espaldas a su jefe. Ha estado usted brillante.

Piensa en Ángel. Piensa en Nino y Flora. Agacha la cabeza, se repite Raúl una y otra vez, como un mantra, cada minuto de cada hora de cada día que tiene que soportar ese lugar. A esa familia. A ese hombre. Esa mirada que tanta repulsión le provoca.

Ponme un güisquito, anda, que esto hay que celebrarlo. Y te tengo dicho que me llames Pedro, que ya llevas aquí seis meses. Somos casi familia, ¿no?

El señor Molist, en lugar de dejarle tiempo para responder, le pide, con un barrido de la mano, que antes de bajar a por la bebida limpie de la mesa unas cuantas migas del pastel que han servido a los invitados.

Raúl no quiere tener que mentir a su marido, pero no le queda otra. No le puede confesar que

la necesidad de llevar dinero a casa era ya tan apremiante que ha tenido que aceptar trabajar para Pedro Molist, miembro del partido culpable de acabar con sus vidas tal y como las conocían.